

Mar abierto

María Antonia González Valerio

Rebeca Maldonado, *Metáforas del abismo. Itinerarios de ascenso y descenso en Nietzsche*. México, Ediciones Sin Nombre, 2008.

El mar, nuestro mar, yace abierto allí de nuevo, tal vez nunca hubo antes un "mar tan abierto".

Nietzsche, *Gaya ciencia*.

La imagen del mar abierto como trasfondo para hablar del libro de Rebeca Maldonado *Metáforas del abismo. Itinerarios de ascenso y descenso en Nietzsche* me ha parecido idónea para ilustrar la imagen del pensamiento que se construye paulatinamente a lo largo de las páginas. Ciertamente, éste es un texto que trata sobre Nietzsche, sobre el tema del abismo en la filosofía nietzscheana; sin embargo, lo que yo he encontrado allí es sobre todo una imagen del pensamiento construido no sólo en un movimiento vertical de ascenso y descenso por la obra nietzscheana, sino en un movimiento errático que va y viene por todas partes, que se apropia de ella para tomarla como tema en la configuración de una imagen del pensamiento sin la cual la experiencia del pensar no puede comenzar.

Cada pensar configura su propia imagen para poder hallarse, para poder dilucidar el modo en que es y será. A esa imagen se llega tras un largo viaje, se llega a veces sin saberlo y sin pretenderlo; entonces simplemente aparece como una realidad, como algo provisoriamente configurado, algo de lo que se puede asir el pensamiento en sus decursos y que hasta cierto punto decide lo que el pensamiento es o el modo en que procederá. Las imágenes del pensamiento son ciertamente infinitas y son siempre únicas. A veces se trata de describir la unicidad de tal o cual imagen del pensamiento; y a veces esa descripción se apoya en metáforas, en símiles y en otras figuras retóricas que permitan, en la medida de lo posible, hacer visible lo invisible, es decir, las fuerzas del pensar; hacer visible lo invisible porque el pensar no tiene configuración exacta ni tiene figura probable o posible; tiene imágenes que no son visuales y no son visibles.

Con la imagen del pensamiento nietzscheano Rebeca Maldonado juega usando una metáfora, la del abismo, que le funciona como hilo de Ariadna para ir tejiendo una imagen, una figura o un algo que le permita hacerse y asirse de él y apropiárselo. ¿Cómo pintar o describir las fuerzas del pensar nietzscheano, las fuerzas de cualquier pensar que precisamente por ser fuerza en movimiento no conoce límite ni figura, no tiene configuración, no es cosa ni ente sino fuerza?

Metáfora de metáfora. El abismo en Nietzsche es una metáfora o al menos funciona como tal y nombra, entre tantas otras cosas, la ausencia de fundamento. Rebeca Maldonado toma el abismo-metáfora y lo hace a su vez metáfora de la imagen del pensamiento. Eso no quiere decir que abismo funcione aquí como concepto aglutinante y organizador de lo no sistematizable, a saber, el pensamiento nietzscheano. No se ha tratado de buscar un hilo conductor que permita hacer coherente y unitaria la obra, que permita pasarla toda por esa rejilla o ese hilo de filigrana sintetizador y creador de un tejido cerrado y uniforme. *Metáforas del abismo* no nos presenta una versión sistemática y clausa de Nietzsche, nos presenta una imagen del pensamiento nietzscheano creada azarosamente y sin pretensión de unidad; ha sido más bien un juego, un recorrido, insisto, no vertical de ascenso y descenso, sino errático, que al errar ha conectado distintos puntos —como en una tirada de dados y nunca en una subida aséptica de la teoría— hasta construir un itinerario.

Itinerario es una palabra elegida con exactitud, pues el itinerario da retrospectivamente cuenta del viaje realizado, de los puntos en los que se ha parado, y de la relación contingente que se establece entre esos puntos; relación que, vale la pena decirlo, se puede volver a establecer en otros sentidos y de otras maneras. Quizás lo que queda ahí son los puntos del camino: Dionisos, el sí mismo, la muerte de Dios y Zaratustra; y lo que se realiza incesantemente es la conexión entre ellos, no vertical, insisto, sino errática; de Zaratustra a Dionisos ida y vuelta y al revés. Mas los puntos del camino tampoco son fijos, ¿por qué detenerse precisamente en estos?, ¿por qué omitir otros o pasar rápidamente por ellos, como la voluntad de poder? Los puntos son estaciones de tránsito y sólo eso y las estaciones de tránsito son decididas por el trayecto, pues no existen en sí, sino que emergen cuando son halladas-fundadas. Los puntos aquí son momentos en los que las fuerzas del pensar se demoran por un momento, se arremolinan, hacen figura: figura Dionisos o figura del sí mismo; y luego la dejan atrás para seguir siendo fuerzas y no figuras.

El itinerario que presenta *Metáforas del abismo* es además doble; relata dos trayectos: el que Rebeca Maldonado hace con Nietzsche y el que le va sucediendo a ella, pues al tratar de configurar y hacer visible las fuerzas del pensar nietzscheano siguiendo las metáforas del abismo, va generando la imagen de otro pensamiento, el suyo, que yo he tratado de leer, de configurar usando la imagen del mar abierto, que se encuentra regada por todas partes en su texto.

Pero, ¿por qué mar abierto?, ¿por qué la imagen del mar para decir todo esto? Juguemos un poco con las olas del mar, sólo para ver qué sale al final.

Mar abierto; donde los litorales no son visibles, donde no hay tierra y no hay asidero posible, donde no hay quietud; sólo hay movimiento, de las olas, del agua —de lo que se mueve debajo del agua—; sólo la visión de la línea de unión entre el cielo —azul, también abierto— y el mar. Sólo eso, el mar y el cielo, el firmamento limpio, sin nubes, sereno, quieto y luminoso; abismo de luz. La imagen de mar abierto abre lo inconmensurable, lo abismático, lo horroroso, lo infinitamente grande y desmesurado, es decir, lo sublime kantiano. ¿Qué es lo que aparece como sublime? ¿Aquello a lo que se enfrenta el pensar en su experiencia, o la experiencia misma del pensar? ¿A qué corresponde la imagen del mar, al pensamiento o a su otro? ¿Hay “lo otro” del pensamiento, o sólo su espejo, mar-espejo es el pensar y mar-espejo es lo pensado, qué es lo que refleja el mar si no es el cielo abierto y sin nubes como puro abismo de luz? Y si la imagen es la del mar que todo lo abarca y no deja nada más que el cielo abierto y sin nubes es sobre todo por el movimiento, por resaltar el movimiento y las fuerzas que se ven más en el mar abierto que en el cielo abierto.

Si el pensar se siente a sí mismo como el mar abierto o es el pensar el que se enfrenta al mar abierto —sin tratar de nadar y llegar a tierra firme y segura—, de cualquier modo se trata de lo sublime, de lo desmesurado como imagen del pensamiento sin fundamento. El mar como esa inmensidad inabarcable, como esa magnitud inconmensurable —sublime, dinámico y matemático por igual— no cabe en ningún recipiente, no puede ser contenido, ¿quién ha intentado jamás apresar el agua del mar? El mar no es poseíble por alguna estructura rígida de la razón ni tampoco por la estructura incluso móvil del sistema; en el mar no podemos ser causa eficiente del movimiento —como quizás sí a veces en tierra, en un punto estable y seguro, con los pies fijos que pueden ser la causa del movimiento aun cuando éste sea un baile de pies ligeros— sino insertarnos en uno que no hemos causado ni promovido, que viene de mucho antes y llega mucho después (un movimiento que, sin embargo, no se deja subsumir en la historia), del movimiento del mar no disponemos, nos dispone —como señala Deleuze en el caso del surfista, se inserta en la ola y eso es todo lo que puede hacer si lo hace bien.

La imagen del mar funciona como imagen del pensamiento sin fundamento, entre más abierto el mar mayor es la ausencia del fundamento. El mar costero y porteño que avizora constantemente el litoral es aún incipiente y tembloroso. Es el mar abierto, en el que no se intuye ya la costa y el que carece de indicación hacia puerto seguro, el que no tiene fondo y si lo tiene es el abismo sin fondo de la criaturas tétricas y horribosas; allí no hay belleza, falta la luz, falta el ojo solar, falta la figura y la detención del movimiento para que algo pueda ser bello. El mar es sublimemente siniestro.

El fondo del mar, entre más abierto más desfondado y con menos fundamento. Éste es un pensar in-fundado, des-causado, ausente, completamente ausente. ¿Qué es lo ausente o lo que falta en la imagen de mar abierto? Lo ausente es lo quieto, lo ausente es el fundamento. Es quizás el pensamiento de Rebeca Maldonado uno que se ha querido o se ha hecho constantemente a la búsqueda de la ausencia del fundamento. ¿Qué se busca en esta ausencia? Esta ausencia ha sido perseguida por la autora de aquí a allá, de Nietzsche a Kant, de Schopenhauer a Schelling y después hasta en oriente. Pero, ¿qué se busca en esta ausencia del fundamento, qué se pretende encontrar en lo in-fundado? Tal vez la vida. ¿Cuál vida, la tuya, la mía, la vida como flujo continuo y eterno, la vida del organismo vivo, la vida de la forma viva, la vida del cosmos, cuál vida de entre todas las vidas? ¿Por qué la vida como lo in-fundado, como la ausencia del fundamento? La vida como el abismo, como el vacío, como la infinitud. La vida tal vez también como la nada y no sólo como el ser.

Concordancia. Buscar la concordancia con la vida, el acompañamiento, la coincidencia, la armonía. Pensamiento y vida es el motivo que encabeza buena parte de las filosofías del siglo XIX y que se continúa hasta ahora. Aquello que es debe de coincidir con el pensar, el espíritu finito debe encontrar concordancia con el espíritu infinito. Lo finito se quiere como un momento de la infinitud, y se quiere además de manera distensa, sin oposición. ¿Cómo logramos nosotros, espíritus finitos concordar con lo infinito? Hemos de ser como el infinito, como el espíritu infinito. Para ello, habrá que hacer que en esencia compartamos lo mismo, seamos lo mismo. Nietzsche nos quiere en clave de la vida y quiere la vida en clave humana, demasiado humana; armonía que se anuncia constantemente, armonía sustentada o sostenida por la categoría de vida, la cual tendrá el poder y la fuerza de reunión suficiente ejecutada a través de la creación. Afirma Rebeca Maldonado al respecto que “Pensar es ser fiel a ese mundo en creación y en devenir” (p. 22).

La vida es esencialmente creadora al igual que nosotros; es allí, en la creación y no en la idea ni el concepto donde se alcanza la reunión, la cual será expresada en términos de vida y pensamiento o, como lo señala Maldonado, en un “pensar-vivir”, así, sin distinción, porque lo que hay en el pensamiento y en la vida es creación; y la creación está considerada como fuerza, movimiento y devenir, es, en última instancia, a la creación a la que corresponde la imagen del mar abierto.

El itinerario de *Metáforas del abismo* da cuenta de la reunión finito-infinito en sus cuatro estaciones de tránsito. En unas delinea el modo de ser de ese ente que en cada caso somos nosotros mismos, y en otras delinea la vida como fuerza, y después habla del sí mismo creador entregado a la acción de las fuerzas: “Como el marinero ansioso de hacerse a la mar, el ser humano abierto al devenir se arriesga al no saber de las fuerzas [...] ‘a esas fuerzas desconocidas

que modelan nuestros destinos' [...] Las fuerzas, por su condición de fuerza, nos conducen, nos impulsan, muchas veces, a pesar de nosotros mismos, a un lugar desconocido y a un nuevo saber" (pp. 74-75).

Ese lugar desconocido se dice también mar abierto. No se trata, entonces, de apresar el agua del mar en algún recipiente, sino de coincidir con las fuerzas del mar y con sus devenires; coincidir lejos ya de ese territorio-isla llamado entendimiento y del que Kant se asía quizás con desesperación. Al movimiento del territorio-isla hace falta la fuerza de desterritorialización que rompa y que lance hacia el mar. Dice Kant en su conocida metáfora del mar:

No sólo hemos recorrido el territorio del entendimiento puro y examinado cuidadosamente cada parte del mismo, sino que, además, hemos comprobado su extensión y señalado la posición de cada cosa. Este territorio es una isla que ha sido encerrada por la misma naturaleza entre límites invariables. Es el territorio de la verdad —un nombre atractivo— y está rodeado por un océano ancho y borrascoso, verdadera patria de la ilusión, donde algunas nieblas y algunos hielos que se deshacen prontamente producen la apariencia de nuevas tierras y engañan una y otra vez con vanas esperanzas al navegante ansioso de descubrimientos, llevándolo a aventuras que nunca es capaz de abandonar, pero que tampoco puede concluir jamás.¹

Sin conclusión, la aventura del marinero en mar abierto se lleva a cabo sin vislumbrar y sin ansiar conclusión, se quiere el puro devenir de las fuerzas, el puro movimiento que no pretende llegar a puerto seguro.

Rebeca Maldonado se demora, casi hacia el final del libro, en la obra *Monje junto al mar* del pintor romántico alemán Caspar David Friedrich. No es gratuita ni accidental la aparición de este cuadro en las conclusiones del texto. Es la imagen del pensamiento; es la imagen del monje de pie junto al mar, de ese humano pequeño frente a la inmensidad del mar; esa cosa diminuta, minúscula, y sin embargo humana, y sin embargo pensamiento; pensamiento que se enfrenta, así, solo, de pie, a la inmensidad del mar abierto y del cielo abierto:

El monje está solo ante el vacío en estado de des-posesión, parece rogar para que la desposesión advenga más y nos asista. Los lazos con el mundo están completamente distendidos. Adviene en la invocación del abismo la relación más desnuda con la tierra y con lo que en ella es. Ante el abismo ocurre la apertura máxima del alma, la desnudez del corazón, un alma desprovista y desasida y, sobre todo, el inextin-

¹ Immanuel Kant, *KrV*, 259: A235-236/B294-295.

guible misterio. La visión del abismo desplaza entonces el lugar donde hasta ahora habíamos puesto la felicidad; entraña la destrucción de los absolutos y de los ideales narcisistas. La experiencia de vacío da lugar a una experiencia de lejanía y silencio absolutos, la misma que se experimenta ante la visión de un abismo. Ante el abismo el alma se ha desanclado de todos los lugares donde se fabrican ilusiones. Entonces, no se está abrazado a nada ni tampoco se necesita nada. Se está cobijado, como el monje, por el silencio. [...] La visión del abismo trastoca el lugar donde, hasta ahora, habíamos puesto la felicidad, el sentido y lo divino. Ahora, estamos rodeados de infinitud, y en esa experiencia ocurre algo: la entrega a nada y a todo (p. 140).

Quizás el monje junto al mar, que está todavía parado en el litoral, donde todavía hay visión, donde todavía puede ser eso “monje junto al mar”, y respirar quietud y serenidad, tenga todavía marcado en su itinerario un descenso más. El monje junto al mar ha de zambullirse en las fuerzas, insertarse y ser el que se arroja, el que arremete contra las olas, que se deja llevar por el movimiento, que le sacude, le golpea, le azota hacia abajo, hacia la arena, hacia el fondo, hacia lo oscuro, le da vueltas y después..., después le hace emerger, sin saber cómo ha sucedido, no es él quien se empuja hacia arriba, quien se hace emerger, sino el mismo mar, es el mismo movimiento el que lleva hacia abajo y, súbitamente, tras los golpes, la confusión, la desesperación, la desazón; lleva hacia arriba, y sin saber cómo ha sucedido todo aquello, sin saber cómo se ha desarrollado el acontecimiento, se ve de nuevo, de vuelta, con la cabeza emergida tomando grandes bocanadas de aire desesperado, de cara al cielo; al cielo luminoso, sin nubes, sin tonalidades, sin nada, a ese puro cielo, azul puro que le acoge en la luz, en la visión. El monje en medio del mar siendo llevado por las olas, sin barcaza, sin puerto. El monje devenido azul del mar y azul del cielo. El monje en su ausencia.

Arrojarse al mar aun cuando éste sea también lo terrorífico, sea también la tempestad que lo hace aparecer en el imaginario colectivo como *la fuerza* que rompe. El mar todo lo rompe, lo destruye, se lo lleva. No hay que ir mar adentro, hay que quedarse cerca de la costa, antes de que jale la corriente, de que nos lleve la fuerza de la corriente. Mar adentro, en el mar abierto nadie sabe lo que hay, nadie sabe lo que pueda suceder. Nadie está a salvo de la fuerza destructora que en el romper de la ola deshace los asideros, deshace también los huesos, los esqueletos, las estructuras, los armazones. Se naufraga mar adentro. El monje permanece en el cuadro junto al mar tal vez para no naufragar como en ese cuadro de Géricault, *La balsa de la medusa*, en el que aparece un grupo de hombres y mujeres sobre una balsa tras la embestida de la fuerza de las olas del mar al haber naufragado. Sobreviven algunos y

se les ve llenos de esperanza ondeando harapos al viento mirando a lo lejos; otros yacen muertos y otros más como si lo estuvieran, con la mirada perdida y desesperanzada, no quieren saber más nada. Han hecho la experiencia del mar. Y tras ella regresan con esperanza o con desesperación, ansiando algunos el litoral, lo seguro, la costa, la casa, la familia; es decir, lo humano, lo construido, lo con-figurado y la visión. El que regresa ansía y se alegra y ondea sus harapos con la visión de la orilla tras haber sido roto, despedazado, resquebrajado por el mar.

Y así pasamos del naufragio al paisaje, de nuevo aparece el monje junto al mar. Allí todavía hay mar, todavía hay monje, hay cielo y hay litoral. Todavía hay visión. Todavía hay paisaje. Aunque difuso lo hay aún. Pero puede no haberlo, puede darse un movimiento hacia el infinito, hacia el caos, hacia el abismo que haga otra vez que el monje aparezca en su ausencia. Puede haber más dislocación, una línea de fuga hacia el cosmos, hacia el azul, hacia el azul que es solamente azul, azul puro, azul vacío que lleva de lo finito a lo infinito abismal; azul monocromo de Klein:

Y cuando la pintura quiere volver a empezar partiendo de cero, construyendo el percepto como un mínimo ante el vacío, o acercándolo al máximo al concepto, procede por monocromía liberada de cualquier casa o de cualquier carne. Particularmente el azul, que es lo que se encarga del infinito, y que hace del percepto una “sensibilidad cósmica”, o lo más conceptual que hay en la naturaleza, o lo más “proposicional”, el color cuando el hombre está ausente, el hombre convertido en color; [...] siguiendo un mero afecto que hace que el universo bascule en el vacío, y no deje al pintor por excelencia nada más por hacer. El vacío coloreado, o más bien coloreante, ya es fuerza.²

El vacío y el abismo, las fuerzas y los devenires; ahí se da la creación, la conjunción entre pensamiento y vida, la reunión de lo finito con lo infinito, ahí se da, en el mar abierto, en el azul del mar tan abierto que es espejo del cielo iridiscente y azul. Y así las fuerzas cruzan y nos hacen cruzar del monje al naufragio, al azul monocromo en un movimiento de rompimiento, de ausencia de fundamento, de vértigo desestructurador y descendente.

En el capítulo que se llama “Pensar, un acto de las fuerzas”, Rebeca Maldonado abre con un epígrafe de *Aurora*: “todo es mar, nada más que mar, mar y mar. ¿Dónde queremos ir? ¿Queremos atravesar el mar? ¿Adónde nos arrastra esa pasión potente que a toda pasión se sobrepone? [...] Se dirá algún día de nosotros que navegando siempre hacia el oeste esperamos llegar a unas Indias

² G. Deleuze y F. Guattari, *¿Qué es la filosofía?* Barcelona, Anagrama, 2001, p. 183.

desconocidas, pero que nuestro destino era naufragar en lo infinito” (p. 74). Es eso hacia lo que nos vemos atraídos, el pensar se vuelca en búsqueda de lo infinito; para sentirlo, para hacerse uno, insertarse ahí. Pues el pensamiento no surge sino del enfrentamiento con el caos, con el abismo, con el vacío, con lo infinito. Lejos de la casa, del “estar en su casa”. Hay que pasar de la casa al paisaje, y del paisaje hacia el abismo, hacia el afuera en un movimiento que representa una línea de fuga, una línea de rompimiento, de dislocación, de desestructuración; inactual, intempestiva, súbita como el rayo que rasga el cielo en mitad de la noche oscura. El pensar necesita algo que le permita crear. Porque no se crea en casa, la creación no surge en casa, en la cotidianidad, en medio de los muebles y de los útiles; la creación no surge en la comodidad de la familiaridad. Romper. La casa apunta hacia lo que la rebasa y la trasciende; la ventana hacia el afuera, hacia el cosmos, el infinito, el vacío, el abismo...; lo que sea pero que disloque y desestructure. “Un poco de posible, si no me ahogo...” dicen Deleuze y Guattari. Un poco de vacío, si no me ahogo. Vacío, tiene que haber aire. Pero el rompimiento con la familiaridad, con el estar en su casa no tiene que ser dramático, monumental, momento de clímax en medio de la narración de la vida... El rompimiento no tiene por qué ser “lo grande” —eso grande a lo que alude Nietzsche en el inicio de *Verdad y mentira*—, puede ser, a menudo es el rompimiento de lo pequeño e insignificante, el gusto por lo próximo: “El espíritu liberado de los prejuicios, de los grandes ideales, de las grandes conceptualizaciones y sistemas, se vuelve atento a las perspectivas más pequeñas, se vuelve sensible a los colores, a las formas, descubre al fin ‘lo próximo’, lo vecino, todo lo que tiene color, piel y apariencia” (p. 68). El gusto por lo próximo es ya rompimiento intempestivo que abre otra perspectiva, abre otro espacio de visión. Al final tiene que haber visión y no sólo abismo y no sólo mar.

Al final ha de permanecer el monje junto al mar, porque si no, no hay pensamiento, no hay estructura-armazón que jale del abismo, que jale del fluir de las fuerzas, que jale, como fuerza centrípeta y aglutinadora que cohesiona, que forma, que conforma, que crea y que es visión. El monje y el litoral y el cielo y el mar... El movimiento devenido bloque, devenido arte, devenido algo que se sostiene y que ve, que puede ver el vacío, el abismo, el caos, el infinito. Porque antes no se podía ver nada, no había nada que ver, ni siquiera vacío, ni siquiera aire. Hacer visible lo invisible, pintar las fuerzas es la labor del arte, de la creación, según Deleuze. Eso es justo lo que Rebeca Maldonado ha hecho aquí, ha pintado las fuerzas del descenso y el ascenso, ha narrado el recorrido y el viaje, que no puede ser sólo imaginado, que el espíritu, este espíritu sí tiene que volver a hacer, tiene que volver a hacer la experiencia de lo ya sabido una y otra vez, tiene que descender y ascender, tiene que chocar y ser chocado por las fuerzas, y si lo hace de nuevo, una y otra vez frenética-

mente y sin cansancio es porque el centro está en la experiencia y no en el saber. Es cierto, ya sabíamos acerca de la conjunción o la concordancia o la sintonía entre el espíritu finito y el espíritu infinito, ya sabíamos que al final no se oponen, ya sabíamos que lo infinito permanece en y a través de lo finito. Hemos acompañado este movimiento de acompasamiento entre lo finito y lo infinito innumerables veces, lo sabemos ya y sin embargo hay que volver a hacerlo, hay que experimentarlo otra vez, en eterno retorno, hay que sentirnos —no sólo sabernos— en sintonía e insertos en el movimiento infinito, hay que descender y ascender no una sino mil veces, hay que hundirse en el ocaso, en el mismo ocaso y naufragar en el mismo mar abierto. Gracias Rebeca por este itinerario, por este cuaderno de viaje por tierras lejanas y exóticas en las que el pensamiento se ha extraviado y cual Odiseo ha vuelto a casa reconfigurado y con los pies lavados y renovados, pero sólo para volverse a ir, para mirar por la ventana, para correr al litoral, ver de frente la línea del cielo y arrojarse en un mar tan abierto.